



La Santa Sede

FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DE LOURDES

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Basílica de San Pedro

Domingo 11 de febrero de 1979

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. Os saludo a todos los que hoy estáis aquí presentes. Os saludo de modo particularmente cordial y con gran emoción. Precisamente hoy, 11 de febrero, día en que la liturgia de la Iglesia recuerda cada año la aparición de la Virgen en Lourdes, os saludo a vosotros que soléis trasladaros en peregrinación a aquel santuario y a vosotros que ayudáis a los peregrinos enfermos: sacerdotes, médicos, enfermeras, miembros del servicio de sanidad, de transporte, de asistencia. Os doy las gracias porque hoy habéis llenado la basílica de San Pedro y con vuestra presencia honráis al Papa haciéndole como partícipe de vuestras peregrinaciones anuales a Lourdes, de vuestra comunidad, de vuestra oración, de vuestra esperanza y también de cada una de vuestras renunciaciones personales y de la recíproca donación y sacrificio que caracterizan vuestra amistad y solidaridad. Esta basílica y la Cátedra de San Pedro necesitan vuestra presencia. Esta presencia vuestra es necesaria a toda la Iglesia, a toda la humanidad. El Papa os está muy reconocido por esto, inmensamente reconocido. En efecto, el encuentro de hoy está unido sin duda a la alegría que mana de una fe viva, pero también a molestias y sacrificios no pequeños.

2. El Señor Jesús, en el Evangelio de hoy, encuentra a un hombre gravemente enfermo: un leproso que le pide: "Si quieres puedes limpiarme" (Mc 1, 40). E inmediatamente después Jesús le prohíbe divulgar el milagro realizado, es decir, hablar de su curación. Y aunque sepamos que " Jesús iba... predicando el, Evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia" (Mt 9, 35), sin embargo la restricción, "la reserva" de Cristo respecto a la curación que El había realizado es significativa. Quizá hay aquí una lejana previsión de aquella "reserva", de aquella cautela con que la Iglesia examina todas las presuntas curaciones milagrosas, por ejemplo, las

que desde hace más de cien años se realizan en Lourdes. Es sabido a qué severos controles médicos se somete cada una de ellas.

La Iglesia ruega por la salud de todos los enfermos, de todos los que sufren, de todos los incurables humanamente condenados a invalidez irreversible. Ruega *por* los enfermos y ruega *con* los enfermos. Acoge cada curación, aunque sea parcial y gradual, con el mayor reconocimiento. Y al mismo tiempo con toda su actitud hace comprender —como Cristo— que la curación es algo excepcional, que desde el punto de vista de la "economía" divina de la salvación es un hecho extraordinario y casi "suplementario".

3. Esta economía divina de la salvación —como la ha revelado Cristo— se manifiesta indudablemente en la liberación del hombre de ese mal que es el sufrimiento "físico". Pero se manifiesta aún más en la transformación interior de ese mal que es el sufrimiento espiritual, en el bien "salvífico", en el bien que santifica al que sufre y también, por medio de él, a los otros. Por lo mismo, el texto de la liturgia de hoy en el que debemos detenernos sobre todo, no son las palabras: "Quiero, sana", queda purificado, sino las palabras: "Sed imitadores míos". San Pablo se dirige con estas palabras a los corintios: "Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo" (1 *Cor* 11, 1). El mismo Cristo había dicho muchas veces antes que él: "Ven y sígueme" (cf. *Mt* 8, 22; 19, 21; *Mc* 2, 14; *Lc* 18, 22; *Jn* 21, 22).

Estas palabras no tienen la fuerza de curar, no libran del sufrimiento. Pero tienen una fuerza transformante. Son una llamada a ser un hombre nuevo, a ser particularmente semejante a Cristo, para encontrar en esta semejanza, a través de la gracia, todo el bien interior en lo que de por sí mismo es un mal que hace sufrir, que limita, que quizá humilla o trae malestar. Cristo que dice al hombre que sufre "ven y sígueme", es el mismo Cristo que sufre Cristo de Getsemaní, Cristo flagelado, Cristo coronado de espinas, Cristo caminando con la cruz, Cristo en la cruz... Es el mismo Cristo que bebió hasta el fondo el cáliz del sufrimiento humano "que le dio el Padre" (cf. *Jn* 18, 11). El mismo Cristo que asumió todo el mal de la condición humana sobre la tierra, excepto el pecado, para sacar de él el bien salvífico: el bien de la redención, el bien de la purificación, y de la reconciliación con Dios, el bien de la gracia.

Queridos hermanos y hermanas, si el Señor dice a cada uno de vosotros: "ven y sígueme", os invita y os llama a participar en la misma transformación, en la misma transmutación del mal del sufrimiento en el bien salvífico: de la redención, de la gracia, de la purificación, de la conversión... para sí y para los demás.

Precisamente por esto San Pablo, que quería tan apasionadamente ser imitador de Cristo, afirma en otro lugar: "Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo" (*Col* 1, 24).

Cada uno de vosotros puede hacer de estas palabras la esencia de la propia vida y de la propia vocación.

Os deseo una transformación tal que es "un milagro interior", todavía mayor que el milagro de la curación; esta transformación que corresponde a la vía normal de la economía salvífica de Dios como nos la ha presentado Jesucristo. Os deseo esta gracia y la imploro para cada uno de vosotros, queridos hermanos y hermanas.

4. "Estaba enfermo y me visitasteis" (*Mt 25, 36*), dice Jesús de Sí mismo. Según la lógica de la misma economía de la salvación, El, que se identifica con cada uno que sufre, espera —en este hombre— a otros hombres que "vengan a visitarlo". Espera que brote con ímpetu la compasión humana, la solidaridad, la bondad, el amor, la paciencia, la solicitud en todas sus diversas formas. Espera que brote con ímpetu lo que hay de noble, de elevado en el corazón humano: "me visitasteis".

Jesús, presente en nuestro prójimo que sufre, quiere estar presente en cada uno de nuestros actos de caridad y de servicio, que se manifiesta incluso en cada vaso de agua que damos "en su nombre" (cf. *Mc 9, 41*). Jesús quiere que por el sufrimiento y en torno al sufrimiento crezca el amor, la solidaridad de amor, esto es, la suma de aquel bien que es posible en nuestro mundo humano. Bien que no se desvanece jamás.

El Papa, que quiere ser siervo de este amor, besa la frente y besa las manos de cuantos contribuyen a la presencia de este amor y a su crecimiento en nuestro mundo. El sabe, en efecto, y cree besar las manos y la frente del mismo Cristo que está místicamente presente en quienes sufren y en quienes, por amor, sirven al que sufre.

Con este "beso espiritual" de Cristo dispongámonos, queridos hermanos y hermanas, a celebrar y participar en este sacrificio en el que desde la eternidad está inserto el sacrificio de cada uno de vosotros. Y quizá hoy conviene recordar de manera especial que, según la Carta a los hebreos, celebrando este sacrificio y suplicando "con poderosos clamores" (*Heb 5, 7*), Cristo es escuchado por el Padre:

el Cristo de nuestros sufrimientos,
 el Cristo de nuestros sacrificios,
 el Cristo de nuestro Getsemaní,
 el Cristo de nuestras difíciles transformaciones,
 el Cristo de nuestro servicio fiel al prójimo,
 el Cristo de nuestras peregrinaciones a Lourdes,
 el Cristo de nuestra comunidad, hoy, en la basílica de San Pedro,
 el Cristo nuestro Redentor,
 el Cristo nuestro Hermano.

Amén.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana